

## DOS CUENTOS DE JUAN JOSE ARREOLA

Cuando pensamos en la literatura mexicana actual, los nombres que surgen espontáneamente como ejemplos de excelencia son Juan Rulfo, Octavio Paz y Carlos Fuentes. Un cuarto nombre que merecería figurar con los anteriores es el de Juan José Arreola, quien, extrañamente, a pesar de haber sido elogiado por algunos, no goza del prestigio de sus compatriotas. Aunque ha escrito una novela y una obra de teatro, Arreola es conocido fundamentalmente como cuentista, y una de sus mejores colecciones es *Confabulario*. En ella están incluidos «El guardaagujas» y «El prodigioso miligramo». El propósito de este análisis es destacar el uso de lo fantástico y lo alegórico como vehículos de crítica social en dichos cuentos.

Con «El guardaagujas», cuento que consiste prácticamente en un diálogo entre un forastero recién llegado a una estación de ferrocarriles casi desierta y un viejo guardaagujas, Arreola nos da su perspectiva del hombre en el siglo xx: un ser desorientado y confuso en un mundo que no entiende. Vemos que una empresa con la ayuda de espías, la policía, el tren y su tripulación domina por completo todos los aspectos de la vida de una sociedad.

Como señala muy bien Thomas Bente, el lector junto con el forastero van familiarizándose con el sistema de ferrocarriles a través de un bombardeo de preguntas que éste le hace al guardaagujas<sup>1</sup>. El diálogo nos proporciona una descripción de una red de transporte ferroviario sumamente defectuosa. Las imperfecciones que detenta son de índole fantástica. Un excelente ejemplo de esto es cuando el maquinista de un determinado tren se da cuenta de que falta un puente que debe salvar un abismo. Bajo su dirección, el tren es desarmado pieza por pieza y llevado en hombros al otro lado del abismo. En conjunto, las numerosas fallas se pueden interpretar simbólicamente como crítica de un sistema político de cualquier denominación. El guardaagujas hace referencia directa al patriotismo, como uno de los medios de los cuales se sirve el gobierno para mantener sometida a la gente. Exaltar el patriotismo, que se ve reforzado a veces por la ignorancia, es un recurso necesario para el funcionamiento eficiente y la perpetuación del gobierno despótico o de lo que Arreola llama empresa. Refiriéndose luego específicamente a los pasajeros del tren, quienes pueden ser considerados los ciudadanos de un país<sup>2</sup>, el guardaagujas dice que: «Se aspira a que un día se entreguen

<sup>1</sup> THOMAS O. BENTE: «El guardaagujas de Juan José Arreola: ¿Sátira política o indagación metafísica?», *Cuadernos Americanos*, 185 (1972), 205-212.

<sup>2</sup> BENTE, pág. 208.

plenamente al azar, en manos de una empresa omnipotente, y que no les importe saber adónde van ni de dónde vienen»<sup>3</sup>.

Arreola, a la manera de Kafka, usa letras mayúsculas para nombres propios, tal vez para subrayar la impersonalidad, la homogeneidad del mundo anónimo que la empresa ha construido. Todos los pasajeros son anónimos, al igual que el guardaagujas y el forastero. La misma empresa es anónima. Ya al principio del cuento se crea una atmósfera de ambigüedad cuando el narrador menciona al guardaagujas como: «Alguien salido de quién sabe dónde...» (p. 30). La desaparición del anciano al final del relato también tiene un aire de misterio, de enigma: «Se disolvió en la clara mañana» (p. 39). Es justamente esta falta de precisión—característica esencial de la literatura fantástica<sup>4</sup>, acentuada por el uso continuo del imperfecto—que destaca en este cuento la imagen de un gobierno omnipotente, casi onírico, con el cual la población tiene pocos vínculos, viéndose así incapacitada de ejercer control alguno sobre él. He aquí dos ejemplos importantes que aclaran el poder de la empresa, su capacidad de crear ilusiones, en efecto, de engañar a la población:

Podría darse el caso que usted creyera haber llegado a T., y sólo fuese una ilusión. Para regular la vida a bordo de los vagones demasiado repletos, la empresa se ve obligada a echar mano de ciertos expedientes. Hay estaciones que son pura apariencia: han sido construidas en plena selva y llevan el nombre de alguna ciudad importante (páginas 35-36).

Ciertos aparatos, operados desde la locomotora, hacen creer, por el ruido y los movimientos, que el tren está en marcha. Sin embargo, el tren permanece detenido semanas enteras, mientras los viajeros ven pasar cautivadores paisajes a través de los cristales (pág. 37).

Existe en este sistema de gobierno una jerarquía de clases (primera y segunda) y marcado favoritismo hacia la clase privilegiada. Respecto al trato que reciben sus componentes a manos de la policía, el guardaagujas dice: «Los miembros de este cuerpo [el policial] demostraron muy pronto su venalidad, dedicándose a proteger la salida exclusiva de pasajeros adinerados que les daban a cambio de ese servicio todo lo que llevaban encima» (p. 35).

Referente a una de las características de la literatura fantástica, según Todorov—la vacilación que experimenta el personaje, tanto como el lector, o sea, el no poder explicar el mundo representado en el cual se encuentran sumidos<sup>5</sup>, y la consiguiente necesidad de resignarse ante tal

<sup>3</sup> JUAN JOSÉ ARREOLA: *Conjugarlo* (México: Editorial Joaquín Mortiz, 1976), págs. 37-38. Las citas posteriores son de esta edición y serán incluidas en el texto.

<sup>4</sup> TZVETAN TODOROV: *The Fantastic: A Structural Approach to a Literary Genre*, trans. Richard Howard (Cleveland/London: The Press of Case Western Reserve Univ., 1973), pág. 38.

<sup>5</sup> TODOROV, pág. 33.

situación—, creo que uno de los elementos más significativos de «El guardaagujas» es el desarrollo del proceso anímico del forastero: insistencia, confusión, frustración y, finalmente, resignación. Quiero ilustrar el mismo por medio de una serie de preguntas claves que el forastero le hace al guardaagujas. Estas preguntas representan las diferentes etapas de la inserción del forastero en el mundo absurdo, fantástico, que le va describiendo el viejecito. Cuando recién entablan conversación, el guardaagujas le dice que debe buscar alojamiento en la fonda para viajeros; su interlocutor pregunta: «¿Está usted loco? Yo debo llegar a T. mañana mismo» (p. 30). Después de contarle el viejo que el país es famoso por sus ferrocarriles, pero que el sistema está plagado de defectos, el forastero manifiesta su confusión: «Pero ¿hay un tren que pase por esta ciudad?» (p. 31). Su subsiguiente comentario y pregunta indican frustración y quizá un atisbo de duda: «Es que yo tengo un boleto en regla para ir a T. Lógicamente, debo ser conducido a ese lugar, ¿no es así?» (página 32). Luego de oírle al guardaagujas decir que T. queda a poca distancia y que a pesar de la deficiente organización de los ferrocarriles no se excluye la posibilidad de un viaje sin escalas, el forastero, finalmente, se resigna ante el sistema disparatado al preguntar: «¿Podría yo hacer alguna cosa para facilitar ese resultado?» (p. 36). Aquí, claro está, el forastero primero vacila y luego se rinde, impotente, ante las fuerzas que lo rodean.

Al poder relacionar las actividades de la empresa con el engaño, la ilusión y la trampa, es evidente que el guardaagujas es un veterano que entiende muy bien el funcionamiento del sistema; él es la voz de la experiencia. Luis Leal propone la posibilidad de identificar al guardaagujas con el diablo por la linterna roja que lleva y por su capacidad de engaño<sup>6</sup>. A mi manera de ver, el guardaagujas no engaña (la empresa engaña), no es un ser maligno, no tienta, porque a la vez que puntualiza los defectos del sistema—y ésta es una crítica que viene de quien se supone es un ex empleado de la misma empresa—, orienta al forastero de manera bondadosa y compasiva para que éste pueda moverse dentro del sistema sin mayores inconvenientes. Siguiendo esta lógica, parece que el papel del guardaagujas es el de un maestro que trata de inculcarle resignación, o más bien, que intenta sugerirle al forastero que acepte lo ilusorio, lo ilógico del mundo en que se encuentra para poder sobrevivir. El guardaagujas aconseja: «¿Y por qué se empeña usted en que ha de ser precisamente a T.? Debería darse por satisfecho si pudiera abordarlo. Una vez en el tren, su vida tomará efectivamente algún rumbo. ¿Qué importa si ese rumbo no es el de T.?» (pp. 31-32).

<sup>6</sup> LUIS LEAL: «Un cuento de Juan José Arreola», *El Rebitete*, núm. 29 (1969), pág. 48.

Se podría conjeturar que el guardaagujas ha tenido éxito en su función pedagógica porque su alumno, al contestar «X» al final del relato para nombrar la estación adonde originalmente quería dirigirse, nos indica que ya no está tan decidido a llegar a T. Es importante notar aquí que al comienzo del cuento Arreola usa la palabra forastero, y al final emplea el término viajero. El forastero, al convertirse en viajero está claramente a bordo; se ha integrado al sistema.

Es evidente que «El guardaagujas» es una sátira social. Lo que es menos evidente es cómo Arreola logra darle apariencia real a lo irreal, es decir, cómo consigue el autor que el lector acepte tranquilamente todos estos incidentes increíbles que va contando el viejo guardaagujas. Arreola se sirve de varios recursos estilísticos para producir este efecto, entre ellos, como ya hemos visto, la continua falta de precisión. El lector—nos dice Menton—tiende a creer lo que expresan los personajes en los diálogos<sup>7</sup>; aunque vacile, todo le parece más verosímil y factible que los comentarios, digamos, de un narrador omnisciente. Hacia el final del cuento, el guardaagujas dice: «No he viajado nunca ni tengo ganas de hacerlo. Pero los viajeros me cuentan historias» (p. 38). Esto pone en duda todo el conocimiento minucioso de la red ferroviaria, que el viejo ha compartido con el forastero; pero por el humor y el aplomo con el cual se expresa el anciano, el lector no resiste lo absurdo, casi ridículo de estas afirmaciones, como sucede con el resto del cuento.

En boca del guardaagujas hay una abierta censura a la empresa, pero también existe una crítica menos obvia lanzada en contra del ciudadano, que por su patriotismo, ignorancia e indiferencia permite que dicho sistema permanezca en pie. Si esto último—la condena tanto de las instituciones sociales, como la de los habitantes del sistema—se hace a base de implicación en «El guardaagujas», se plantea, en cambio, de manera explícita en «El prodigioso miligramo», cuento alegórico en el sentido más riguroso de la palabra.

El descubrimiento de un prodigioso miligramo por una hormiga, «censurada por la sutileza de sus cargas y por sus frecuentes distracciones» (p. 55), pone en marcha una cadena de acontecimientos, lo cual, por un lado, hace posible un detallado análisis de los rasgos esenciales del sistema y, por otro, sirve para marcar el gradual deterioro y eventual colapso, primero del hormiguero a que esta hormiga pertenece y luego de uno vecino, para después convertirse en fenómeno universal.

Inmediatamente notamos que el sistema se caracteriza por la corrupción, ya que al entrar el prodigioso miligramo en el hormiguero, la inspectora en jefe se dirige—y ésta es la única vez que encontramos comi-

<sup>7</sup> SEYMOUR MENTON: «Juan José Arreola and the Twentieth Century Short Story», *Hispania*, 42 (1959), 295-308.

llas en el cuento para indicar que un personaje habla—a la hormiga confundida, diciéndole: «“Probablemente nos ha traído usted un prodigioso miligramo. La felicito de todo corazón, pero mi deber es dar parte a la policía”» (p. 56). A la par que nos enteramos que las autoridades confiscan el prodigioso miligramo; que encarcelan a la hormiga, pidiendo después una sentencia de muerte para ella; que posteriormente la declaran loca, y que más tarde muere en su celda, el narrador va introduciendo una serie de comentarios para criticar el sistema. Nos enteramos así que existe la costumbre de dar sobornos a la policía, y de que la organización también cuenta con funcionarios poco aptos para resolver cuestiones no previstas por el Código penal; esa falta de eficiencia se exterioriza en la lentitud para con los procedimientos legales y las decisiones oficiales. El sistema exige uniformidad en todas las esferas de la vida. Tocante al trabajo, se les pide a las hormigas una carga específica: «pequeños fragmentos de hoja de lechuga cuidadosamente recortados» (p. 55). Criticar el sistema provoca medidas drásticas. La hormiga acusada «dijo que lamentaba formar parte de un hormiguero tan imbécil. Al oír semejantes palabras, el fiscal pidió con voz estentórea una sentencia de muerte» (página 57).

El no poder hablar en contra del hormiguero, el supuesto desequilibrio mental de la hormiga que osó levantar la voz (el narrador se refiere a ella como «hormiga heroica», «víctima», «hormiga incomprendida y asesinada»), la posterior mención de una prolongada etapa de homenajes a la hormiga fallecida, que terminaron «gracias a innumerables fusilamientos» (p. 58), todo indica que estamos en este cuento, como acontece en «El guardaagujas», ante un gobierno todopoderoso, autoritario. Es de notar que, a diferencia del primer cuento de Arreola aquí analizado, el sistema que figura en «El prodigioso miligramo» se derrumba; paulatinamente, las autoridades pierden su supremacía. A medida que ocurre esto, la censura del narrador se dirige no solamente a los que están en el poder, sino a las hormigas mismas. Al principio del relato, el lector advierte corrupción por parte del mando; ahora gradualmente se vuelven corruptos los habitantes del hormiguero.

A partir de la muerte de la hormiga descubridora del prodigioso miligramo, unas cuantas hormigas «entrevieron la posibilidad de que todos los homenajes tributados a la difunta les fueran discernidos a ellas en vida» (p. 59). Seis hormigas llegan al hormiguero y hacen pasar unos objetos extraños por miligramos de prestigio y se les otorga el derecho de disfrutar una renta vitalicia. El prodigioso miligramo ya no tiene que ser modelo de excelencia; se exalta ahora el mérito de miligramos de inferior calidad. Reina el caos: las burócratas encargadas del santuario construido en honor del prodigioso miligramo abandonan sus puestos

para salir en busca de miligramos, la policía prácticamente deja de existir, se producen motines y revoluciones; bandas de asaltantes profesionales se colocan en lugares propicios para robar cualquier miligramo valioso, hay disputas entre coleccionistas rivales que a veces acaban en riñas y asesinatos, y a consecuencia de todo esto: «Los nacimientos disminuyeron de manera alarmante y las criaturas, faltas de atención adecuada, morían a centenares» (p. 62). Llega el invierno y surge una crisis alimenticia. Se acude a una comunidad vecina, que a cambio de mantener a las hormigas necesitadas hasta que la última de éstas muera, llega a poseer el miligramo original. El hormiguero vecino resulta contagiado por esta misma adoración de lo falso, lo cual se convierte en enfermedad universal y pelagra la especie.

En «El prodigioso miligramo» observamos una doble crítica. En primer lugar, por las razones antes mencionadas (corrupción, ineptitud, inflexibilidad), se critica a las autoridades del hormiguero, pero también curiosamente se les critica por no ser en un determinado y crucial momento lo suficientemente severas con las hormigas: «Esta debilidad por parte de las autoridades, sumada al silencio culpable de la crítica, precipitó la ruina del hormiguero. De allí en adelante cualquier hormiga, agotada por el trabajo o tentada por la pereza, podía reducir sus ambiciones de gloria a los límites de una pensión vitalicia, libre de obligaciones serviles. Y el hormiguero comenzó a llenarse de falsos miligramos» (p. 60). Los acontecimientos que se precipitan después de este incidente sugieren, paradójicamente, que las dictaduras, a pesar de sus numerosos defectos, son eficaces para mantener el orden y, por tanto, asegurar el bienestar económico del sistema.

En segundo lugar, la crítica está dirigida a las hormigas por la nefasta transformación que experimentan: las dominan la ofuscación, la codicia; practican el engaño, y las tienta la pereza, al punto de perder interés en la consecución de su tarea específica, que es ir en procura del alimento. Todo esto es el resultado directo del descubrimiento del miligramo auténtico y su posterior desvirtuación a manos de algunas hormigas inescrupulosas. El miligramo puede representar el hallazgo del arte, tal como lo indica Jorge Ojeda<sup>8</sup>, pero también podría simbolizar el oro, un ideal, la verdad última, la clave del universo. El hecho es que por las numerosas falsificaciones, se anula la pureza y valor intrínseco del original, que pronto «brillaba en el olvido» (p. 63). La sociedad, como ya hemos visto, pierde su vitalidad, y al final del cuento las hormigas afrontan una crisis universal: «Olvidando sus costumbres, tradicionalmente prácticas y utilitarias, se entregan en todas partes a una desenfrenada búsqueda de

<sup>8</sup> JORGE ARTURO OJEDA: Prólogo a la *Antología de Juan José Arreola* (México: Ediciones Oasis, Sociedad Anónima, 1969), pág. 26.

miligramos. Comen fuera del hormiguero y sólo almacenan sutiles y deslumbrantes objetos. Tal vez muy pronto desaparezcan como especie zoológica y solamente nos quedará, encerrado en dos o tres fábulas ineficaces, el recuerdo de sus antiguas virtudes» (p. 64).

¿Qué quiere decir Arreola con fábulas ineficaces? ¿Quiere decir que la suya quizá lo sea y que la literatura, en general, solamente tiene una función estética y que, por tanto, es un pobre instrumento para fomentar cambios sociales positivos a lo que se refiere a los problemas que padece la sociedad? ¿Quiere decirnos tal vez que el despertar una conciencia social es más bien tarea del ensayista, el periodista, sociólogo, etc.? ¿Quiere sugerirnos que la literatura podría ser más eficaz como vehículo de crítica social si no viviésemos en un mundo de semianalfabetos que leen solamente aquello que exige un mínimo esfuerzo mental? ¿Quiere decirnos que todos los artistas que se preocupan por los malestares de la sociedad deben abandonar sus talleres y lanzarse a la lucha? La múltiple interpretación es siempre rasgo fundamental del gran arte.

En ambos cuentos de Arreola vemos retratado un sistema de gobierno que exige conformismo. El forastero y la hormiga representan dos posturas opuestas ante ello: aceptación del sistema en el caso del primero, ruptura con el mismo en el caso de la segunda. La resistencia que ofrece el forastero ante el mundo, que a él le parece absurdo, va desapareciendo mientras habla con el viejo guardaagujas. Finalmente, como ya apuntamos, el forastero se integra dentro del absurdo del sistema. En cambio, la hormiga descubridora del prodigioso miligramo quiere mantener su individualidad y defender sus derechos; pero es vencida por la ignorancia y muere como mártir. La hormiga iconoclasta amenaza la estabilidad del sistema y, como suele suceder, especialmente con los regímenes dictatoriales, las autoridades se aferran a la idea que la hormiga está loca, ya que siempre es necesario suprimir lo que no se entiende, puesto que representa un peligro, o explicarlo por medio del desequilibrio mental.

Si escenario y personajes fueran geográficamente identificables, al igual que la situación histórico-social, la crítica de Arreola tendría mucho menos mérito como literatura; sus escritos encajarían dentro de la sociología o el periodismo. Lo efectivo de su mensaje está en el vínculo escogido para transmitirlo: lo fantástico y lo alegórico, y en su indiscutible habilidad de narrador. Problemas e ideas están presentados a través de una prosa cuidada, imaginativa, altamente sugerente.—*JERRY NEWGORD (Department of Romance Languages. University of California. SANTA BARBARA. California. USA).*